

mientras que, con las formadas con adjetivo y adverbio, la negación depende sobre todo de la distribución sintáctica de aquellos elementos.

El capítulo sexto se orienta al estudio de algunos enlaces oracionales de carácter negativo (*no obstante, no así, no en vano, no bien*, las llamadas *expresiones preventivas* y el *gerundio con negación*). Según los autores, se van a ocupar “en este capítulo de un grupo reducido de enlaces o de conectores que establecen dependencia sintáctico-semántica entre dos oraciones o unidades comunicativas fácilmente aislables” (p. 63). Se llega a demostrar que algunos de estos conectores (*no obstante, no así*) tienen valor de contraste, mientras que otros (*no en vano*) sirven para plasmar la relación de causa-efecto. Las expresiones preventivas, que están compuestas por una forma verbal, admiten una interpretación final; mientras que las que carecen de tal componente son asimilables a un complemento de significado causal. Por último, el gerundio precedido de *no* ofrece distintas posibilidades significativas a partir del contenido modal que le es propio.

El último capítulo, el séptimo, trata acerca de los cuantificadores, las comparativas y los sintagmas adverbiales. En los cuantificadores la negación se usa con la intención de enfatizar el sintagma del que forma parte el cuantificador, cuyo contenido debe ser modificado y reinterpretado teniendo en cuenta el sentido de otros términos próximos. En los enunciados comparativos la negación tiene una clara diversidad de funciones (elemento expletivo, signo diferenciador entre tipos de comparativas...). Y, en cuanto a la negación adverbial, cualquier sintagma adverbial puede ser negado a través de *no*, aunque se dan argumentos de que esto lleva a una casuística muy variada.

Esta obra, basada en un análisis metodológicamente novedoso y que tiene en cuenta estructuras muy variadas, contribuye a completar el panorama de las investigaciones sobre la negación. La experiencia en temas de sintaxis de los doctores Moreno Ayora y Molina Redondo es reconocible en este último libro, con el que no sólo enriquecen su trayectoria investigadora sino también la colección “Lingüística” de la editorial Port-Royal que lo ha alojado [Salvador López Quero]

GONZÁLEZ SALINERO, Raúl, *Poder y conflicto religioso en el norte de África: Quodvultdeus de Cartago y los vándalos*, Madrid: Signifer Libros, Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio 10, 2002, 183 págs.

Hace ya varias décadas que los estudiosos de patología vienen rescatando cada vez más del olvido a numerosos personajes, algunos casi de primera fila, que durante mucho tiempo se han mantenido en la sombra. De algunos sólo se conocían sus nombres. La excesiva confianza en las antiguas atribuciones de obras, sobre todo si provenían de testimonios relevantes de la Antigüedad, o la escasez de documentación, o incluso la imperiosa necesidad de purgar y fijar los textos, han ido formando poco a poco una especie de enorme almacén de museo donde yacen figuras, no todas de igual importancia ciertamente, en espera de una mano que las saque de la oscuridad o al menos de la vaga información que pesa sobre ellas. Para valorar su importancia, no es necesario siquiera que tales personajes hayan tenido un protagonismo de relieve. A veces, el simple, pero certero, conocimiento de la función que tuvieron en su momento histórico, o el papel y posible influjo que tuvieron sus escritos, independientemente del grado de originalidad, pueden ayudar a esclarecer períodos o situaciones más o menos puntuales. Pero, para el investigador es suficiente a veces el mero hecho de poder establecer con seguridad un punto de unión entre un eslabón y otro en la cadena de una determinada tradición.

La mayoría de estos personajes —sobreabundan los de época medieval, ya desde el mismo s. V— han sido eclipsados con frecuencia por otras figuras de gran celebridad. Es lo que ha pasado con el diácono, y luego obispo de Cartago, Quodvultdeus (= Q., en adelante), discípulo y amigo de Agustín de Hipona. Tal personaje, a quien a lo sumo se le han dedicado en el pasado sólo unas cuantas líneas en los tratados de patrología (cf. por ej., B. Altaner, Madrid ⁴1956, pp. 381-382) y menos aún en los tratados y manuales de historia eclesiástica (en Fliche-Martin, por ej., sólo se le dedican unas líneas de paso, cf. edic. esp., vol. IV, Valencia 1975, p. 19; mientras otros ni siquiera lo nombran, cf. B. Llorca [Labor, Barcelona 1942, ⁴1955; BAC, vol. I, 1955]; o J. Lortz, entre otros), es el personaje sobre el que se centra el presente estudio de R. González Salinero (= G.S., en adelante).

La persona y obra de Q. empieza a interesar, y a ser inquietante al mismo tiempo, ya desde la primera mitad del s. XX. Pueden citarse, entre los más importantes, los siguientes autores que han rehabilitado su figura: D. Franses (1920), P. Schepens (*RecSR* 13 [1923] 76-78; pero también antes, no citado por G.S., en *RecSR* 10 [1919] 230-243), G. Morin (1914-1919; y también, no citado por G.S., en *Miscellanea Agostiniana* 1 [1930] 767ss), A.D. Nock (1949), como también B. Capelle (*Le text du psautier latin en Afrique*, Roma 1913, pp. 227-233; ver también en *Bulletin d'ancienne litt. chrét. lat.* 1 [1921] 101ss, autor no citado en G.S.), M. Simonetti (en *Inst. Lomb. Rend. Cl. Lett.* 83 [1950] 407-424).

Es, sin embargo, a partir de bien entrada la segunda mitad del s. XX cuando se observa un nuevo impulso que se hace sensible en dos momentos: uno, tras la tesis de R.G. Kalkman, *Two Sermons: De Tempore Barbarico Attributed to St. Quodvultdeus, Bishop of Carthage. A Study of Text and Attribution with Translation and Commentary*, The Catholic University of America, Washington, 1963 (publicada al año siguiente en microfilm); y otro, el más decisivo, tras la edición en 1964 en *Sources Chrétiennes* de una obra a cargo de René Braun, *Quodvultdeus. Livre des promesses et des prédictions de Dieu*, Ed. du Cerf, Paris 1964, 2 vols.), pero, sobre todo, tras la publicación por el mismo autor de la edición crítica de las obras de Q., en *CCSL* 60 (1976; 690 págs.), en la que se le atribuyen un total de 14 obras, más las dos cartas que dirigió a Agustín (cf. *infra*), y que ocupan un total de 492 págs. A partir de entonces, cuando puede decirse que ya hay un texto críticamente establecido (aunque no todos los críticos lo acepten por igual), la personalidad y obra de Q. parece haber salido verdaderamente del olvido, aumentándose cada vez más su interés entre los estudiosos. En la amplia bibliografía de G.S. pueden verse unos veinte estudios específicos, centrados en la figura de Q. desde la edic. de Braun hasta la actualidad. Pocas y parciales son todavía las traducciones y ediciones en otras lenguas: fuera de los dos discursos editados por Kalkman, en inglés, y de la citada edición francesa de Braun, sólo hay una traducción italiana del *Liber promissionum* (de A.V. Nazzaro, Città Nova, Roma 1989) y otra, en inglés, del *De cantico novo* (por M.W. Heintz, en *Antiphon* 4, 1999).

El presente libro de G.S. representa una contribución más, e interesante, sobre el papel de Q. como obispo de Cartago, tanto en el corto período en que gobernó su sede como, sobre todo, desde el exilio, frente a momentos muy difíciles para la Iglesia católica. La lectura de este libro sitúa, con gran amenidad, al lector en el marco de aquella sociedad tan perturbada, como sobradamente se sabe también por la obra de Agustín.

En efecto, Q., que sucedió a Capréolo (427-437) en la diócesis de Cartago, fue testigo y protagonista de los sucesos que se desarrollaron cuando el rey arriano Genserico, al frente de los vándalos, atravesó en 429 el estrecho de Gibraltar e invadió el Norte de África. Genserico llevó a cabo una política de conquistas, persiguiendo por otra parte a la Iglesia católica, cada vez más enconada. Diez años más tarde, cuando Q. llevaba tan sólo dos años como obispo en la sede de Cartago, Genserico conquistó la ciudad (octubre de

439), confiscó los bienes de la Iglesia católica y mandó al exilio al obispo, que encontró refugio en Nápoles, junto al obispo Nostriano. Desde allí tomó parte en la lucha antipelagiana y allí murió antes de octubre de 454, fecha en la que, para la sede vacante de Cartago, fue elegido Deogratias, que gobernó su diócesis autorizado por Genserico, a petición de Valentiniano III (425-455).

Todos los estudiosos coinciden en que Q., en su corto período episcopal en la sede de Cartago, dio pruebas de ser un pastor celoso por su iglesia y vivamente interesado no sólo por los temas doctrinales y las controversias teológicas, sino también por los problemas sociales en que se veía envuelta su comunidad. Ya como diácono se había dirigido a su maestro y amigo Agustín para pedirle un *commonitorium de haeresibus*, un catálogo de herejías que sirviera de guía para preservar así a las comunidades cristianas de África. De ello dan testimonio las cartas 221 y 223 insertas en el epistolario agustiniano (cf. PL 33, 997-999; 1000-1001; CSEL 57, pp. 442-446 y 450-451; también en el apéndice de la edic. de Braun, pp. 489-492), con sus correspondientes respuestas por parte de Agustín (*Epist.* 222 y 224), quien, por lo mismo, le dedicó su tratado *De haeresibus* (428), que Q. le había sugerido.

Durante muchos siglos estas dos cartas han sido lo único que podía atribuirse con certeza a Q. Sólo a partir del primer cuarto del s. XX su obra ha empezado a ser progresivamente rescatada y purgada. El *Liber promissionum et praedictorum Dei*, su obra más extensa, escrita en exilio alrededor del 445-451, estuvo desde el s. VI atribuida con el título de *Liber de promissionibus et praedictionibus Dei* a Próspero de Aquitania, otro discípulo de Agustín, atribución que se apoyaba en la autoridad de Casiodoro (*Inst.* I,1). Sin embargo, la transmisión manuscrita y cierta semejanza de estilo y contenido hacen que algunos críticos, entre ellos Morin (1914) y especialmente Braun, lo atribuyan a Q. En esta obra se expone para los catecúmenos una serie de textos bíblicos de acuerdo con el itinerario de Agustín en su *De catechizandis rudibus*. Por su parte, P.D. Franses (1920), le atribuía también doce sermones entre los catalogados como pseudoagustinianos, lo que suscitó la oposición de algunos críticos (A. Kapelmacher, A.D. Nock y M. Simonetti, entre otros), que salvaban al menos la paternidad agustiniana de tres o cuatro de ellos.

Como ya se ha apuntado, no todos los críticos están de acuerdo en la atribución total a Q. del *corpus* que presenta Braun. Unos consideran de un mismo autor, por su homogeneidad, el *corpus* homilético y el *Liber promissionum*. Pero otros consideran que las obras reunidas en dicho *corpus* delatan diferencias de estilo, y, por tanto, hacen aconsejable la atribución a diferentes autores. Tajante en su oposición se han mantenido algunos patrólogos de la talla de B. Altaner, A. Stuiber, o M. Simonetti. Para éste último, por ej., "si tratta di attribuzioni estremamente aleatorie, non fondate su validi motivi" (*Letteratura cristiana antica greca e latina*, Milano 1969, p. 381). El autor de este libro acepta la opinión sobre la atribución a Q. del *corpus* editado por René Braun, sin entrar en detalles críticos que sobrepasarían el objetivo de su trabajo. Pero ha hecho muy bien en empezar su estudio con un capítulo dedicado a la historia y atribución del *corpus*, cuya ausencia lo habría puesto probablemente en dificultad frente a la crítica.

La obra de G.S. sigue un esquema obvio, muy lógico, de acuerdo con las expectativas del título del libro:

El cap. I (pp. 17-47), lo dedica, por una parte, a informar, como se ha dicho, sobre el *corpus* de Q. y los argumentos en pro y contra de su paternidad por parte de los estudiosos; y, por otra, a esbozar las pocas referencias sobre su vida y en especial sobre su formación intelectual.

El cap. II (pp. 49-76) aborda el tema de la autoridad y rivalidad religiosa, tanto frente a la tradición pagana como judía, así como la disputa contra las herejías. El autor resalta el carácter agresivo de Q., quien es capaz incluso a formular juicios despectivos contra quienes considera enemigos del catolicismo. Pero en verdad, esta actitud despectiva no es nueva en la historia de la patrología. Puede observarse ya desde edad muy temprana en los mismos apologetas del s. II. La agresividad y el desprecio, sumamente refinados en el plano intelectual, parecen ser armas constantes, casi naturales y legales, aunque no cristianas (cf. Mt 5,39; Lc 6,29) por más que se quieran justificar, de quienes se defienden de ataques peligrosos para la salvaguarda de la fe. Y en esta experiencia los judíos han estado siempre en el centro de la diana, desde el s. II hasta principios del s. XVI. No es, pues, de extrañar cómo Q. manifiesta su antijudaísmo.

El cap. III (pp. 77-110) se dedica por entero a la invasión de los vándalos: llegada y organización, expoliación, política religiosa y enfrentamiento con la Iglesia católica. El objetivo de los vándalos no podía ser más tajante: "que la población católica abrazara, a cualquier precio y por cualquier medio, el credo arriano y fuese rebautizada en la nueva fe" (p. 107). Pero el problema de los vándalos no era simplemente ideológico, sino también material: la Iglesia católica africana se estaba viendo confiscada en sus bienes, progresivamente expoliada de la gran riqueza que había conseguido especialmente tras la victoria contra el donatismo. De ahí que también lo material formara parte de la tajante y apasionada respuesta por parte de Q.

El cap. IV (pp. 111-131) se centra en la reacción y lucha del clero católico contra los vándalos. En él se presenta la posición de Q. en tres rápidos bosquejos: la resistencia del obispo a través de su "agresiva" predicación (los sermones fueron siempre, por su inmediatez comunicativa, un instrumento de suma importancia para informar al pueblo, alentar y fortalecer a los débiles y criticar al adversario); la actitud antiarriana de Q.; y, por último, la visión providencialista de la historia y de los acontecimientos, que probablemente heredó de Agustín, junto a una esperanza escatológica y milenarista de la historia, que, por el contrario, lo alejaba de Agustín, según la cual "los vándalos, instrumentos del castigo divino por los pecados cometidos, encontrarían su destrucción gracias a la intervención de Dios en un futuro inmediato que coincidiría con el fin de los tiempos que, a su vez, los propios bárbaros arrianos venían a anunciar de forma inexorable" (p. 131). La actitud violenta y agresiva del clero contra el invasor fue sin duda la causa de que las autoridades bárbaras dictaran medidas drásticas: la prohibición de cualquier manifestación propagandística del dogma niceno, y el destierro del clero católico con su obispo a la cabeza. Este capítulo último es, a mi juicio, el más importante del libro. En él se precisa el verdadero papel de Q. frente a los vándalos y la doctrina arriana, su resistencia como pastor y predicador y su confiada esperanza en una teología de la historia que si bien lo acercaba a Agustín, lo alejaba al mismo tiempo de él, y de manera muy considerable.

Creo interesante advertir aquí que, si bien Q. no pretendió soliviantar a su feligresía contra los dirigentes políticos y en especial contra Genserico, su máximo representante, y a pesar de que "consideraba incluso que se debía mantener el respeto hacia el poder terrenal de los vándalos" y que "todos debían mostrar fidelidad a la *potestas* de los bárbaros, aunque también temor a Dios", como afirma G.S. (p. 117), en realidad debe decirse que Q., en su voluminosa obra, no hizo uso frecuente del texto evangélico al que parece aludir con la frase "honorem exhibeamus Caesari tanquam Caesari, timorem autem Deo" (*De tempore barbarico I*, IV,16), es decir, la pericopa evangélica sobre el tributo al César (cf. Mt 22,15-22 y paralelos: Mc 12,13-17 y Lc 20,20-26). De acuerdo con los índices de

Braun, Q. no hace referencia a dicho texto más que una vez (en *Liber promissionum*, II, xxii, 44), sin que tal referencia pueda considerarse de ninguna manera un punto de apoyo para exhortar al honor debido a las autoridades políticas en paralelo al honor debido a Dios. Pero, sobre todo, creo importante advertir aquí que Q. evita por todos los medios la cita de cualquier texto bíblico de los que ya se solían aportar como prueba del origen divino del poder, y de los que hizo uso su propio maestro y amigo Agustín. Me refiero en concreto a los textos siguientes: Prov 8,16; Job 34,30; 36,5; Os 13,11; Rom 13,1-7; 1 Pe 2,13-17, y sobre todo Jn 19,11, textos éstos que Q. nunca cita, ni a los que ni siquiera alude expresamente, en ninguna de sus obras (cf. A. Urbán, *El origen divino del poder. Estudio filológico e historia de la interpretación de Jn 19,11a*, Córdoba 1989; para el pensamiento de Agustín, cf. pp. 107-122; compárese también con la postura de otros discípulos de Agustín, como Próspero de Aquitania, que igualmente se aparta en esto del maestro, cf. pp. 139-145). El silencio de Q. frente a las referidas citas bíblicas, así como su consecuente exégesis, incluso indirecta, sobre el origen divino del poder, es realmente elocuente.

El trabajo se cierra con una breve conclusión (pp. 133-134), que, no por breve, sino tal vez por falta de una más elaborada síntesis, no refleja, en mi opinión, la riqueza del estudio.

El apartado bibliográfico está dividido en dos grandes secciones: fuentes patrísticas (pp. 135-140) y estudios (pp. 141-156). En este apartado se recoge, por una parte, la obra de Q. y una extensa lista de fuentes patrísticas, sobre todo entre los siglos IV-VI; y, por otra, los estudios críticos y literarios en torno a la obra de Q., además de los trabajos, tanto antiguos —muchos de ellos ya clásicos— como modernos, referentes a la historia de África del Norte durante el s. V, así como las situaciones socio-religiosas del momento: corrientes judías y antijudaísmo, invasión vandálica, arrianismo y antiarrianismo.

Sigue un apartado ilustrativo (pp. 159-162): un mapa de África del Norte y un plano de la ciudad de Cartago en los s. V-VI, junto a algunas fotos de restos arqueológicos de la misma época; y, por último, los índices (pp. 165-183): referencias a autores modernos, citas bíblicas, fuentes antiguas (casi exclusivamente patrísticas) y un interesante índice analítico, de gran utilidad. Y a propósito de índice analítico, aunque al margen del estudio de G.S., me permito recordar al interesado en la persona y obra de Q. los amplios y excelentes índices de la edic. de Braun, sobre todo el extraordinario “index verborum et rerum notabilium” (pp. 587-687).

La monografía de G.S. es, dentro de su brevedad, precisa y clara. A ello ha debido ayudar, sin duda, el hecho de que G.S. no es un novel en el tema que trata: además de algunos artículos pertinentes, es autor del libro *El antijudaísmo cristiano occidental, siglos IV y V* (Trotta, Madrid 2000), que, sin duda, ha debido de servirle para aquilatar y precisar algunos puntos que necesitaban un cuidado tratamiento.

Desde la obra de Ch. Courtois (*Les vandales et l'Afrique*, Paris 1955), durante mucho tiempo y en muchos aspectos obra modélica, la literatura sobre el tema de los vándalos en el Norte de África se ha ido incrementando no sólo entre los historiadores, sino también entre los patrólogos. Unos y otros han aportado interesantes estudios, que, aunque a veces demasiado puntuales, van ayudando a precisar y delimitar aquel momento importante, no sólo para la historia de la iglesia africana del s. V, sino también para entender los justos límites de la literatura eclesiástica producida en aquella etapa. En esta línea debe encuadrarse esta monografía, sobre todo por lo que tiene de específico en relación al enfrentamiento de Q. a la política de Genserico. Tal vez lo más original de todo el trabajo —es mi juicio— consista en la puesta al día de tales acontecimientos históricos confrontados con un personaje *concreto* como Q., lo que siempre arroja nueva luz sobre el

tema tan manido de los vándalos y el papel opositor del clero católico. E importante también todo lo que se apunta en relación a la preparación catecumental como medio de concienciación para un compromiso cristiano, punto que han dejado muy en claro algunos estudiosos, como A.V. Nazzaro y, sobre todo, A. Isola.

He aquí, en definitiva, un estudio que ayuda a entender y precisar la situación social, política y doctrinal en que vive la Iglesia africana en el s. V. Ello ayuda también, en consecuencia, a releer con nuevas perspectivas algunos tratados de la época y, sobre todo, la gran producción homilética y catecumental, instrumento directo de formación y diálogo entre pastores y fieles en una sociedad tan agitada, social y doctrinalmente [Ángel Urbán Fernández].

ROMERO-DÍAZ, Nieves, *Nueva nobleza, nueva novela: reescribiendo la cultura urbana del barroco*, Newark: Juan de la Cuesta, 2002, 211 págs.

El último cuarto del siglo XX ha estado marcado de manera dominante en lo que toca a su estudio e interpretación del siglo XVII español por la imagen sólidamente construida y documentada por José Antonio Maravall en *La cultura del Barroco* (1975). El diagnóstico de una modalidad cultural definida por los rasgos de “dirigida”, “masiva”, “urbana” y “conservadora” se impuso por la acción conjugada de los valores intrínsecos del análisis, con la brillantez de sus planteamientos, y la reacción contra la lectura franquista del imperialismo español en su camino hacia Dios. Más determinante aún que los rasgos propuestos por Maravall como resultantes de una mentalidad monárquico-señorial fue el planteamiento de que se trataba de una cultura impuesta, con características de hegemónica, hasta conformar una imagen monolítica, en la que sólo se había sustituido la admiración por la crítica respecto a la lectura anterior.

No sólo por efecto de la expansión de las corrientes desconstruccionistas, empeñadas en la búsqueda de la escisión y las contradicciones internas, el edificio crítico de Maravall ha sido objeto en los años más recientes de una revisión en lo tocante a sus mecanismos de simplificación y reducción a una lectura plana de la complejidad de la cultura barroca. Hace poco más de un año Fernando Rodríguez de la Flor ofrecía en *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)* [Madrid, Cátedra, 2002] una impresionante muestra de tal replanteamiento, a partir de la exhumación y relectura de un amplio conjunto de textos y manifestaciones que cuestionan la uniformidad del panorama y nos devuelven un perfil de la época cruzado de grietas y tensiones.

Desde bases teóricas y conceptuales distintas, pero con una homologable actitud de profundización en los elementos de dinamismo histórico e ideológico lleva a cabo su análisis Nieves Romero-Díaz, centrándose, además, en uno solo pero de los más privilegiados discursos literarios del momento. La novela corta del barroco (mejor llamada así que con la desafortunada acuñación de “novela cortesana” por González de Amezúa) representa una creación específica del período, uno de los géneros de mayor éxito, conjugando consumo masivo y un cierto reconocimiento teórico, vinculada al auge de la vida urbana y la expansión de la imprenta, al tiempo que cultivada por los autores más relevantes, sin excluir una significativa presencia de escritoras; al mismo tiempo, por lo que se refiere a sus contenidos, sintetiza, readapta y supera los de las distintas modalidades de la narrativa idealista del siglo anterior, acercando sus peripecias amorosas a las consagradas por la comedia de enredo y de capa y espada desde unos años antes. Por todas estas razones el género puede considerarse una expresión bastante cumplida de una